DICIEMBRE.

EL TURRON.

De mes de las aperturas calificábamos en nuestra Revista anterior al pasado Noviembre, en atencion á las muchas é importantes que en él tuvieron lugar: por la razon contraria pudiéramos muy bien apellidar al que acaba de trascurrir mes clásico de las cerraduras y finiquitos.

Con efecto, y en prueba de nuestra asercion, bastará recordar que en él se ha cerrado la Representacion nacional, concluyendo con un tercer acto, ó más bien ligero epílogo, su trabajoso drama de 1851.—Cerráronse ademas las velaciones matrimoniales con la primer semana de Adviento, dando lugar á los novios á saborear *la luna de miel* sin la misteriosa y emblemática imposicion de la coyunda matrimonial.—Cerráronse despues los tribunales, las cátedras y estudios públicos y privados, los talleres, la Bolsa, y hasta las puertas de la eternidad para una buena parte del vecindario, que á impulsos del rigoroso cierzo se dejó conducir á pasar las Pascuas al otro barrio: —verificados todos los cuales cierres, el viejo despiadado de las alas y la segur sacó las llaves del año de gracia 1851, y encargó á San Silvestre que le cerrase á las doce en punto de la noche; con lo cual, al abrir de nuevo

nuestros cerrados ojos, nos encontramos de súbito en pleno 1852.

Pero en cambio de tantas cerraduras, que hacen aparecer al mes de Diciembre cargado de pestillos y candados, todavía se han abierto en él á las fundadas esperanzas de la patria los gratos horizontes de un risueño porvenir. Y dicho se está que semejante apertura es para consolar con creces de los cerramientos de cabo de año.

El natalicio de la augusta Princesa heredera del trono español ha sido, pues, el verdadero acontecimiento que realza para el país el mes de Diciembre de 1851: y combinada su halagüeña sensacion con el regocijo y festiva solemnidad con que la Iglesia celebra en estos dias la conmemoracion de otra Natividad más alta, ha acabado por borrar en todos los ánimos la siniestra memoria de anteriores desmanes, é imprimir á la última década del mes esa fisonomía propia, cordial, alegre y bulliciosa que la distinguen en todos los pueblos de la cristiandad.

Ademas del carácter religioso, sublime y de evangélica alegría que lleva consigo el recuerdo de tan augusto misterio, reune, como es sabido, para nosotros, otras circunstancias profanas, que contribuyen poderosamente á hacer de la Pascua de Navidad una verdadera fiesta popular.—En ella recordamos y celebramos, no solamente la terminacion del año, sino tambien la entrada del nuevo; los *strenuæ* que los antiguos romanos consagraban á Strinuo, diosa de la fuerza, con ramos simbólicos y mutuos obsequios el primer dia del año, y los *étrennes* con que los pueblos modernos festejan igual dia, se han resumido entre nosotros en el no ménos antiguo *aguinaldo* ó *aguilando*, que, segun el filólogo Covarrubias, trae su orígen de la voz griega *guininaldo* (que vale tanto como regalar el dia del natalicio), ó cuando ménos, de la arábiga *guineldum*, que expresa simplemente el acto

de regalar;—pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que ambas costumbres, los *estrenos* y el *aguinaldo*, son entre nosotros una misma cosa, y para probarlo (si ya en el hecho no estuviese probado) bastaria recordar el dicho de un célebre autor, que hace ya dos siglos escribia: «*y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de Año Nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella córte.*»

De todos modos, y sea cualquiera su orígen, terrible cosa es la tal costumbre para aquel desdichado que está sometido á la dura é inexorable del *paganismo.*—Y ¿quién no es *pagano* en esta tierra clásica de la cristiandad?—La publicacion oficial hecha en estos mismos dias por la *Gaceta* del presupuesto de mil y doscientos millones y pico (1) nos sirve de *memento* para consolarnos con la idea de que la mayoría de los españoles nos acompaña en esta triste calamidad.—Ademas, y para complemento de aquélla, sufrimos en estos dias otros impuestos ó contribuciones indirectas (aunque tampoco votadas en Córtes), cuales son los que á pretexto de Pascuas de Navidad hay que dedicar al médico, al abogado, al notario, al agente, á los dependientes y criados, al barbero, al sereno del barrio, al cartero, al repartidor de los diarios, á la lavandera, y á todo bicho viviente de la sustancia ajena.

Esto es lo que en el lenguaje alegórico se denomina *aguinaldo*, ya sea ó se presente bajo forma de pavos ó capones, ya bajo la de vajillas de plata ó barriles de malvasía; ora se disfrace en el elegante vestido de terciopelo ó de *chiné*, ora tome la simbólica figura de billete de palco del teatro Real; ya, en fin, se trasforme en prolongados cartuchos de centenes isabelinos, ora se convierta en peseta reformada, ó tosca moneda de diez céntimos de fábrica segoviana.—Pero hay sobre todo una materia

(1) Hoy casi triplicado.

que por la casi generalidad de su aplicacion para este caso representa emblemática y perfectamente este agasajo general; esta materia (ya lo habrán conocido nuestros lectores) es el *turron;* comprendiendo bajo este título las dulces elaboraciones de Toledo y Zaragoza, de Jijona y Alicante, de Valencia, Vitoria, Barcelona y Madrid.—En ella, pues, vienen á convertirse gran parte de los mutuos obsequios de la época; para ella disfrutan, como es justo, los funcionarios públicos un reparto oficial, una paga las viudas y cesantes, una gratificacion los servidores subalternos, para que todos acudan á sacrificarla en aras de la deidad.

Este ídolo dominante del mes tiene tambien su significacion en todo el año, y en el lenguaje moderno sirve de emblema á las gracias y favores cortesanos, á los empleos y honores, á la participacion, en fin, del presupuesto nacional.—Y si, como ha sucedido en el mes que nos toca historiar, un acontecimiento plausible viene á reforzar la devocion al *turronismo*, viene á despertar las esperanzas de los adeptos (*quorum infinitus est numerus*); viene, en fin, á destapar el cuerno de Amaltea en las mil abiertas bocas que reclaman sueldos y emolumentos, bandas y cruces, fajas y capisayos, puede inferirse la algarabía y el bisbiseo que se habrá armado en el tal mes, esperando diariamente que hable la *Gaceta* para saber á punto fijo quién ha merecido aquellos dones en gracia del Real alumbramiento, quién ha logrado ingresar ó ascender en el sacerdocio del dios *Turron.*—Entre tanto, los que nada esperamos de la fiesta andamos muy entretenidos calculando cuánto nos habrá de costar la música; *duda* de que en verdad saldrémos muy luégo con la publicacion de la *Guía de forasteros* (los forasteros somos los no comprendidos en ella).

Pero dejando á un lado esta materia, que forma la ín-

dole especial y dulcísima del mes, y continuando nuestra plácida revista matritense, quisiéramos encontrar otros materiales ú objetos con que hacerla interesante; mas por mucho que fatigamos nuestra memoria, no hallamos cosa que de contar sea, suponiendo que no entran en nuestra jurisdiccion ni los teatros ni diversiones públicas, que han desplegado en la última quincena todos sus recursos para cobrar el aguinaldo de la poblacion entera; ni las reuniones y sociedades privadas que en tal época son de cajon; ni las intrigas y peripecias caseras á que ellas dan lugar; ni las bodas en proyecto; ni los corazones en infusion; ni las pragmáticas de las modas invernales de 1852, ni los comentarios políticos de 1851.—Tampoco queremos por hoy ocuparnos en las vicisitudes de la atmósfera, que, como es uso y costumbre en tales dias, se ha mecido agradablemente entre los 1 y 5 por bajo de Reaumur, amenizado el todo con las ventiscas de Somosierra, y blanqueando nuestra heroica villa con las nieves del Guadarrama, con gran contentamiento de los cocheros de plaza, de los aficionados al besugo, de los músicos festeros, de los médicos, sacristanes y enterradores.

Pero como, en fin, nuestro deseo consiste en hallar algo de que hablar, y ya está visto que no nos lo brinda el mes, habrémos de retrotraer nuestra crónica matritense del último del año á todos los anteriores, para ver si topamos por acaso materia digna de alabanza en punto á mejora material de nuestra villa.—Por desgracia, la Administracion se ha dado tanta prisa á no hacer nada en todo el año, que áun ampliada á todo él tendrá que ser negativa nuestra reseña; quiere decir, que en lugar de consignar lo que se ha hecho, tendrémos que limitarnos á indicar simplemente lo que se ha dejado de hacer.

Cabalmente al final de los años anteriores, y cuando la poblacion de Madrid estaba acostumbrada á ver emprendidas ó realizadas muchas obras y reformas importantes, tuvimos el placer de reseñarlas, dando á sus promovedores el justo tributo de alabanza; no podemos, pues, prescindir del triste deber de consignar nuestro disgusto por no hallar medios de rendir en este año igual testimonio de nuestra imparcialidad y gratitud.

Todo Madrid recuerda que en dichos años, y especialmente (seamos justos) en los del 1848 al 50, se verificó en la policía urbana y en el aspecto material de esta villa una completa y favorable trasformacion.—A los señores Conde de Vistahermosa y Marqués de Santa Cruz, que se hallaron en aquellos años al frente de la Administracion local y del Ayuntamiento, cabe la mayor parte de la gloria de aquellas utilísimas reformas, y los mismos murmuradores de ellas, que hoy disfrutan sus beneficios, no pueden ménos de hacer justicia á aquella Administracion.

Durante aquella época se llevó á cabo la difícil reforma del sistema de limpiezas; se planteó en el mismo estado que le vemos el alumbrado del gas; se adoptó y planteó el empedrado de adoquines, trasformando de un modo inmejorable las calles principales de la villa; se abrieron nuevos paseos y caminos, y se aumentó en ellos y en las plazas y calles anchas el arbolado; se rotularon los faroles primero y último de cada calle para servir de guía á los forasteros durante la noche; se fijaron en las esquinas cubetas urinarias; se colocó en la Puerta del Sol un nuevo reloj, y delante del Buen Suceso la placeta de asfalto y una gran farola de gas; se emprendieron rompimientos de nuevas calles en el Barquillo, que han dado lugar á la construccion de muchos y hermosos edificios en aquel distrito; se llevó á cabo la completa trasformacion del pavimento de la Plaza Mayor, y se colocó en el centro la estatua de Felipe III. Igualmente se hizo la costosa y útil obra de la Cuesta de la Vega, la del Dos de Mayo,

la de la Plaza de Bilbao, la valla del Prado, y otras parciales en los edificios de la Villa, Panadería, Almacenes, Pósito y Casas Consistoriales; se reconstruyó, puede decirse, de nuevo, el edificio del Saladero con destino á cárcel de Villa, se abrieron y levantaron várias fuentes públicas, y por una combinacion feliz, coincidieron con todas estas obras de la villa otras áun más importantes del Gobierno, como fueron en el año último la del teatro Real (que dió motivo á la formacion simultánea de una magnífica barriada contigua), la del Palacio del Congreso, la del teatro Español, la de la nueva Bolsa y la del ferro-carril de Aranjuez. El Real Patrimonio contribuyó por su parte espléndidamente á esta serie de mejoras, continuando con celo las reales obras de Palacio, jardines y Plaza de Oriente; y los particulares rivalizaron igualmente con la Administracion, construyendo en aquellos tres años más de cuatrocientas casas elegantes, y áun magníficas algunas.

Al mismo tiempo que todas estas reformas materiales, se llevaban á cabo otras administrativas. Se formaban, discutian y publicaban las Ordenanzas de policía urbana, el Reglamento interior del Ayuntamiento, y los de las cárceles, matadero y teatros; se terminaba el gran Plano de Madrid, levantado á costa del Ayuntamiento, por una comision de ingenieros; se hizo una excelente estadística de la villa; se planteó un servicio de coches de plaza, que tanta falta hacía; se adoptaba el de carros cubiertos para la conduccion de carnes; se estableció la Guardia Municipal de caballería, y se formaban, discutian y aprobaban otros cien proyectos de pública utilidad y sucesiva aplicacion.

Ahora bien; ¿qué se ha hecho de aquel entusiasmo de la municipalidad matritense, ó por lo ménos, qué resultados positivos ha ofrecido á nuestra alabanza en todo el

año de 1851?—Por más que quisiéramos consignarlos aquí, no recordamos ninguno, si no es que ya tuviéramos por tales el por lo ménos dudoso beneficio de la reforma de los serenos ó vigilantes nocturnos, y unos cuantos faroles de gas con que nos ha obsequiado esta Noche-Buena.—Por lo demas, ni se ha llevado á cabo, como estaba convenida y escriturada, la adopcion general de este alumbrado á todas las calles de la poblacion; ni se ha continuado el empedrado de adoquines; ni se ha mejorado el ramo de limpiezas, ni el arbolado, ni los caminos; ni se han aumentado las aguas; ni se han terminado las obras de la Cuesta de la Vega y de la Plaza; ni se han emprendido las proyectadas en la puerta de Atocha, en las de Segovia, Santa Bárbara y Fuencarral; ni se han construido nuevas fuentes; ni se han subastado los mercados cubiertos de la plazuela de la Cebada y los Mostenses; ni se han abierto nuevas alcantarillas; ni se ha hecho el proyectado Matadero.—Tampoco se ha llevado á cabo la formacion de las Ordenanzas de construccion, ni mejorado las de policía urbana, ni creado la Compañía de bomberos y arreglado el servicio de los incendios, ni otras infinitas necesidades, todas reconocidas, todas previstas, discutidas, y propuestos ya los medios de su posible reparacion. — Para todas ellas ha trascurrido inútilmente el año de 1851, y eso que algunas, como la de incendios y la de aguas, han hecho sentir en este año su apremiante exigencia, que no se satisface con proyectos remotos, ni con nuevas comisiones, ni con añadir hojas inútiles á expedientes ya de robustas formas y de clásica y venerable antigüedad. — ¡Quiera el cielo que en la Revista de Diciembre de 1852 (si nos toca hacerla) tengamos que ser ménos severos y entregarnos á nuestra inclinacion natural de disponer elogios y parabienes siempre que hallamos motivos de combinarlos con la justa imparcialidad!

ENERO.

EL AÑO NUEVO.

En todos los pueblos, desde la más remota antigüedad, ha sido y es celebrado el primer dia del año con expresivas demostraciones, símbolo de la fraternidad que debe unir á la especie humana; y á decir verdad, que ningun dia parece más propio para esta clase de recuerdos de reconciliacion y de ternura que aquel en que el giro del planeta que habitamos marca una nueva época en el período de los siglos y en la edad breve de la vida humana.

No hablarémos aquí, por miedo de que se nos achaquen deseos de ostentar una pedantesca ó trivial erudicion, ni de los pueblos orientales del Celeste Imperio, de las Indias, de la Asiria, Persia, Arabia y Egipto, en todos los cuales se celebraba con grande aparato esta solemnidad; ni de los griegos y romanos, que tenian deidades y sacrificios consagrados á ella; ni de los antiguos gaulas, que se hacian en semejante dia simbólicos regalos de ramas de encina al són del cántico *Au gui l'an neuf* (cuyas expresiones pueden ser acaso el verdadero orígen de la voz *aguilando* ó *aguinaldo*); ni, en fin, de nuestros propios antepasados, de quienes hay motivos para creer que imitaron ó siguieron aquella costumbre.

Baste á nuestro propósito consignar que áun en los pueblos modernos existe, y que, no sabemos por qué causa, sólo ha caido en desuso en el nuestro. En Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Francia, en toda la Europa, en fin, ya con festividades religiosas, ya con públicos regocijos, cordiales y mutuas felicitaciones, el dia de *Año Nuevo* es el más celebrado y expresivo; la Iglesia le dedica sus más solemnes pompas; los monarcas y sus córtes, sus recepciones y fiestas oficiales; los pueblos, sus regocijos privados, sus festines de familia, sus mutuos agasajos y parabienes.

Sólo entre nosotros pasa como desapercibido entre las fiestas pascuales el dia que abre la nueva era; y á no ser por celebrar en él la Iglesia el misterio de la Circuncision de N. S. J., y conmemorarse con este motivo el sagrado nombre de *Enmanuel*, tan comun entre los españoles, pudiera decirse que en nada se diferenciaria de los demas dias del año, nada que le distinguiese y diese relieve en el curso de nuestra vida social.

Otra costumbre antigua, tambien muy autorizada en el extranjero, especialmente entre nuestros vecinos los franceses, es la ceremonia, igualmente halagüeña y filosófica, que celebran en los banquetes privados el dia de la Epifanía con el nombre de *La torta de los Reyes*.—Reúnense, pues, en tal dia las familias y sus amigos en alegre festin, á cuyo final es de rigor el que haya de servirse un gran pastel ó empanada, dentro del cual se encierra un grano de haba; dividido el tal pastel en tantas partes iguales como son los convidados, y despues de cubrirle con una servilleta y darle muchas vueltas para evitar preferencias ó trampas, se reparte á cada cual uno de los trozos al són de una cancion alusiva á la fiesta, que todos entonan; y aquel en cuyo trozo se encuentra el haba, es declarado con grandes ceremonias *rey de la fiesta*, tiene que elegir entre los concurrentes sus consejeros y minis-

tros, ordenar los compadrazgos, las reconciliaciones, los agasajos mutuos, y al domingo siguiente convidar á toda la sociedad á otro banquete para dar fin y abdicar en sus manos aquel reinado feliz.

Déjase desde luégo conocer el objeto tierno y moral de esta sencilla fiesta, de esta graciosa y patética costumbre, que mereció las siguientes líneas de Chateaubriand en su obra inmortal *El Genio del Cristianismo:*

«Los corazones sensibles (dice aquel sublime escritor) no recuerdan sin enternecimiento aquellas horas de inocente entusiasmo en que las familias se reunian en torno del pastel que traia á la memoria los presentes de los Reyes Magos al Hijo de Dios. El abuelo, retirado durante todo el año en el interior de su cuarto, aparecia este dia como el astro del doméstico hogar; sus nietecillos, que desde muchos dias ántes no hablaban ni soñaban más que de la haba misteriosa, saltaban á las rodillas del viejo y reanimaban con sus caricias la expresion de su fisonomía secular. Todas las frentes radiaban de alegría, todos los corazones rebosaban de cordialidad; la sala del festin estaba decorada é iluminada; los circunstantes vestian aquel dia su traje más vistoso, y entre el choque de las copas y el humear de los manjares se proclamaba, al són de alegres cánticos, al rey de la fiesta, se levantaba un cetro pacífico, que sólo para hacer felices habia sido inventado. A veces una superchería mal disimulada, una trampa inocente, designaba por reyes con grande algazara á la jóven hija de la casa y al hijo del vecino recientemente arribado del ejército ó de la universidad; estos dichosos monarcas, ruborizados de su *casual* advenimiento al trono, no sabian qué hacer de su elevada dignidad; las madres y los parientes brindaban á su salud; el cura del lugar, presente por lo regular á la fiesta, consagraba su union, y concluida la comida, rompian un baile instintivo, cordial é interminable, en que el abuelo, los nietos, las madres, los hermanos y los domésticos tomaban parte al són de un violin destemplado ó de un instrumento pastoril.»

Algo de esta fiesta íntima se conserva todavía entre nosotros las vísperas de Año Nuevo y de los Reyes en la graciosa lotería ó juego de suerte para sacar *compadres* ó *estrechos*, que se celebra en muchas familias áun no reñidas con los antiguos usos; pero las estrambóticas coplas que, con el nombre de *Motes nuevos para damas y galanes*, sirven, hace acaso un siglo, para acompañar á aquel juego, para poetizar aquella prosaica extraccion, han muerto por el ridículo una costumbre que sin duda alguna tuvo en sus tiempos un orígen noble y ofreció en ellos un espectáculo halagüeño.—Y que es ya antigua nos lo dicen varios de nuestros autores, y áun algunos de ellos, como Hurtado de Mendoza, Solís y otros, no desdeñaron incluir en sus obras poéticas algunos de aquellos viejos epigramas, por supuesto muy diferentes de la sándia entonacion de los *Motes nuevos*.

Tambien en la noche víspera de los Reyes se verifica en muchas de nuestras poblaciones, y en Madrid especialmente, otra extravagante y mal tolerada farsa, que consiste en el engaño más ó ménos efectivo ó simulado de los pobres asturianos ó gallegos recien venidos, cuya supuesta ignorancia les hace servir de juguete á los pilluelos de la córte, bajo el pretexto de llevarlos *á esperar á los Reyes Magos*, que han de venir aquella noche repartiendo dones á todo el que encuentren.—Y si no fuera por lo repugnante que es siempre el ver convertido en objeto de ludibrio á un sér más ó ménos racional, seguramente que el espectáculo de tantos cándidos mozallones ridículamente ataviados con esteras y coronas, con enormes escaleras al hombro y sendos hachones en las manos, seguidos de la turba vocinglera de los embromadores, y dando aulli-

dos, saltos y cabriolas, no dejaria de ser chistoso; pero lo peor es que esta soez é irracional costumbre suele concluir con los descalabros y quimeras que todas las diversiones de la plebe; así que no tiene ningun motivo de alabanza, ni áun de disculpa, ni por su orígen, ni por su objeto, ni por sus resultados, y haria bien el Gobierno en no tolerarla más.

Otra barbaridad semejante (aunque más disfrazada con un santo objeto) se verifica tambien en este mes de Enero, con motivo de la fiesta de San Antonio Abad, que celebra la Iglesia á 17 del mismo, y es la romería ó paseo de *las vueltas* cerca de la iglesia de aquel santo anacoreta.—Consiste esta costumbre en sacar muy enjaezadas las caballerías á pretexto de conducirlas á probar la cebada bendita, suministrada por los padres escolapios de San Anton; y como ellas no van solas, sino montadas por sendos jinetes, y éstos, en vez de cebada, usan, por la misericordia divina, de otros alimentos más espirituosos, de aquí la necesidad de que la tal carrera de las vueltas se halle cubierta de tiendas y puestos improvisados con todo género de mendrugos y guijarros de colores, bautizados con el nombre de *Panecillos del Santo;* toda clase de líquidos más ó ménos inocentes, decorados con los epítetos de vino manchego, rosolis y anisetas; así como tambien que los pedestres bípedos de todos los sexos posibles que encierran en su seno los fecundos barrios de Lavapiés, el Rastro y Maravillas, se trasladen en tal dia á la angosta y prolongada calle de Hortaleza, para servir de primer término á aquel estrambótico cuadro, de objeto á aquella algazara, de blanco de aquellos tiros, coces y saludos; de coro, en fin, digno de aquella rueda infernal.—Por fortuna las luces del siglo han eliminado de ella el paseo de los cerdos, que (sea dicho con perdon) constituian en el pasado cierto privilegio de los Padres de San Anton, y que no

sólo este dia, sino todos los del año, inundaban, ensuciaban y ensordecian las calles de la villa; de ellos sólo hemos alcanzado á ver en nuestros tiempos el individuo ó ejemplar que se rifa en la Puerta del Sol á beneficio de la Inclusa, y conocido aún con el nombre de *El cochino de San Anton.*

Hé aquí, pues, todas las *novedades* que nos ha ofrecido Madrid en el mes de Enero del año de gracia 1852; porque, por viejas que sean, áun no lo son tanto como las pulmonías y congestiones que en estas vecindades del Guadarrama hacen su asiento en el dichoso mes; ni como los intentos de motines de que tambien tuvimos en él algunas muestras; ni como las intrigas cortesanas y las ambiciones políticas que han dominado constantemente como afecciones endémicas del país; ni como los robos domésticos, los ejercicios de navaja, los desafíos de fonda, los tapetes verdes, los incendios, los atropellos, los petardos, y las multas y exacciones de que estamos en posesion, en éste y los demas meses del año los heroicos habitantes de la villa muy leal.—*Nihil novum sub sole;* nada, pues, ha habido de nuevo en Madrid; nada sino el *año*, y el uso del papel sellado hasta para los abanicos de caña ó los libritos de fumar.